

El sentido de la muerte en el cristianismo, el islam y el budismo, bases para un diálogo interreligioso

Resumen

La muerte, como parte esencial de la vida, ha sido objeto de innumerables deliberaciones a lo largo de la historia de la humanidad, siendo abordada por diversas doctrinas con el propósito de analizar y esclarecer sus distintos aspectos. El presente artículo tiene como objetivo principal realizar una aproximación al sentido de la muerte en tres diferentes corrientes del pensamiento, a saber; el cristianismo, el islam y el budismo, que posibilite un diálogo interreligioso para una comprensión profunda de dicho fenómeno. Para el desarrollo de la presente investigación, se hará uso de una indagación desde el enfoque cualitativo, en tanto, se busca comprender de manera profunda el fenómeno de la muerte en estas tres tradiciones religiosas y un método hermenéutico, basado en la observación de la información y el análisis de su significado. Como principales conclusiones se resalta que es posible crear puentes entre el islam y el budismo con el cristianismo, además que es viable plantear elementos que permitan una comprensión profunda de la muerte a través de componentes relacionados a esta, pero tomados de otras religiones y finalmente, que los diversos elementos resaltados durante la investigación faciliten una interpretación diferente de la muerte en el cristianismo.

Palabras clave: cristianismo, budismo, islam, muerte, diálogo interreligioso.

Abstract

Death, as an essential part of life, has been the subject of countless deliberations throughout human history, examined by various doctrines seeking to analyze and elucidate its many dimensions. The main objective of this article is to explore the meaning of death through an interreligious dialogue among Christianity, Islam, and Buddhism, enabling a deeper understanding of this phenomenon. This research adopts a qualitative approach to gain insight into the concept of death within these three religious traditions, employing a hermeneutic method focused on the observation and interpretation of relevant information. The key conclusion is that it is possible to build bridges between Islam and Buddhism and Christianity, while also identifying elements that contribute to a more profound

comprehension of death through perspectives drawn from other religions. Ultimately, the diverse elements highlighted throughout the study facilitate a re-interpretation of death within Christianity.

Keywords: Christianity, Buddhism, Islam, death, interreligious dialogue.

Introducción

La muerte, como un elemento constitutivo de la vida misma y que a la vez se afirma, desde un plano materialista, como el fin de la vida, ha sido una fuente de reflexiones e interrogaciones de la humanidad. Preguntas respecto a ¿Qué es la muerte?, ¿Qué hay después de la muerte?, ¿Por qué existe la muerte? y ¿Existe algo del ser humano que sobreviva a la muerte? son preguntas a las cuales diferentes religiones y corrientes del pensamiento han intentado dar una respuesta.

Religiones como el cristianismo, el islam y el budismo, han dado respuesta a estas inquietudes de maneras diferentes, aunque compartiendo algunos elementos. La escogencia de dichas religiones se debe a que por un lado son aproximaciones no occidentales cargadas de elementos diferentes de la tradición cristiana y, por otro lado, son religiones con un valor histórico y cultural muy amplio que es relevante explorar.

De esta manera, el diálogo interreligioso, debe ayudar a tres quehaceres esenciales. El primero se trata de enriquecer la comprensión teológica por medio del encuentro con otras visiones del mundo que permite realizar contrastes. Lo anterior posibilita entender, con mayor profundidad, aquello que es propio, así como exige hacer una reinterpretación sobre lo que se cree. Un segundo quehacer se trata de presentar una forma novedosa para el testimonio cristiano, en este aspecto, este tipo de diálogo no se opone a los preceptos cristianos, sino que permite hacerlos de una manera diferente brindando así un signo de la disposición de convivir y trazar lazos con tres tradiciones religiosas o de pensamiento. Por último, como tercer quehacer, este tipo de diálogo debe estar en la capacidad de contribuir a la edificación de sociedades más equitativas por medio de la interpretación profunda de problemas compartidos y buscando soluciones a los mismos (Gómez, 2018).

Ante este panorama, el presente artículo se justifica a través de tres diferentes elementos que se conectan entre sí. Un primer elemento se trata de la relevancia en el momento actual, de plantear un diálogo interreligioso e intercultural que permita promover una comprensión mutua entre diferentes aproximaciones en un mundo globalizado a partir de una conversación constructivista e integradora. Un segundo elemento es poder ofrecer perspectivas diversas en torno a la muerte, que permitan una comprensión profunda y aclaradora sobre dicho fenómeno, permitiendo proporcionar nuevos sentidos a la vida. Finalmente, al comprender la manera en que otras religiones entienden la muerte, es posible expandir el sentido de esta, más allá de la aproximación occidental, integrando nuevos elementos en torno a ella. Surge así la pregunta de investigación: ¿cuáles son los elementos comunes entre el cristianismo, el islam y el budismo respecto al sentido de la muerte que posibilite un diálogo interreligioso?

En consecuencia, se plantea como objetivo principal realizar una aproximación al sentido de la muerte en tres diferentes corrientes del pensamiento, a saber; el cristianismo, el islam y el budismo, que posibilite un diálogo interreligioso para una comprensión profunda de dicho fenómeno. Para ello se plantean tres objetivos específicos. El primer objetivo específico es explorar el entendimiento de la muerte desde la religión musulmana, que resalte elementos como la muerte en los libros sagrados y qué sucede después de la misma. Un segundo objetivo específico es analizar la comprensión de la muerte desde la perspectiva budista, permitiendo así entender este fenómeno según los textos sagrados y lo que ocurre después de ella. Finalmente, un tercer objetivo específico es realizar una reflexión en torno a los elementos en común de estas tres corrientes que posibilite un diálogo interreligioso. Para el desarrollo de estos objetivos, se realizará una investigación desde el enfoque cualitativo en tanto se busca comprender de manera profunda los fenómenos (Hernández y Mendoza, 2020) y un método hermenéutico en tanto se basa en la observación de la información y el análisis de su significado (Martinez, 2002).

1. La doctrina musulmana y la muerte

1.1 La muerte en los libros sagrados

A partir del libro sagrado del islam, una vida que es solo “más que falaz y breve deleite” (Corán, 3:185). Al igual que otras religiones monoteístas, la vida se entiende como una preparación para la muerte, así como una esperanza de aquello que está más allá de este plano terrenal (al-Akhira) y visible para todos por medio de la resurrección (Yawm al-Qiyama). Asimismo, la muerte es percibida como un decreto divino, a cuyo cumplimiento todos los seres humanos están destinados en algún momento. Así, la preparación y meditación hacia la muerte tiene como eje central la salvación del alma. La muerte debe ser un tema de reflexión y de preparación constante más no de temor (Marín, 2016).

En esta reflexión, sobresale la figura del piadoso. El piadoso es todo aquel que se prepara para la muerte y, como resultado, no teme a ella ni al dolor que esta puede traer. Marín (2006) señala que muchos de estos piadosos entristecen cuando nace un ser humano pues piensan en todos los años que le puede faltar para llegar a Alá, más sin embargo ante la muerte de un ser humano se alegran, pues se afirma, que aquel que muere estará más cerca de Dios. Al respecto, diferentes sufíes (sabios místicos dentro del islam centrados en su autupurificación) escribieron abundantes trabajos en los que mencionaban el no tener miedo a la muerte ya que estaban preparados para enfrentarla esperanzados con una mejor vida. Un ejemplo de ello es Mansur al-Hallaj (año 922), quien afirmó: “mi muerte constituye mi vida, pues veo a Dios al descubierto, directamente Él me ha construido una morada en la eternidad” (Citado por Massingnon, 2007, p. 36). Este mismo sufí, señala que:

La muerte está sobre vosotros como un vigía, pronto os transportará a todos fuera de aquí. Soy un pájaro, este (cadáver) era mi jaula, era mi prisión y la camisa de mi mortaja. Doy gracias a Dios que me ha salvado y me ha construido en las alturas una residencia (Citado por Massingnon, 2007, p. 37).

Por lo tanto, los sufíes, así como los piadosos, no temen a la muerte. Por el contrario, se encuentran preparados para el encuentro con Alá en la eternidad. Esto se conecta con una confianza completa y absoluta en Dios que se representa por medio del concepto de *Tawakkul Allah*, que podría traducirse como la confianza total en Alá. Dicha confianza se refleja también en un entendimiento profundo en que, si Él decreta su muerte, el sufí estará satisfecho y confiado en que pronto se dará su encuentro con dicha divinidad. Así mismo, el anterior concepto refleja que este sabio ha dejado a un lado las preocupaciones y tormentos por las cosas terrenales, puesto que renuncia a todo lo mundano. Por lo tanto, sus pensamientos estarán destinados únicamente a meditar, en pensar y alabar a su Dios y en

rezar constantemente. En este sentido, los sufíes señalan que la muerte debe ser algo que se desea, pues con esta se da fin a los dolores y angustias propios de esta vida dando paso a los deleites y la recompensa en la vida eterna (Marín, 2016).

Otro concepto relevante es el de *fana*, que se relaciona con la voluntad para rendirse completamente a Dios. La meta más importante del sufi es lograr la unión con Dios por medio del amor. El amor se encuentra por encima del conocimiento y conduce al éxtasis de Dios. En este sentido, la autoaniquilación se entiende como la expresión máxima de la búsqueda de la unión con Dios. Es de destacar que, debido a lo anterior, los sufíes han planteado su experiencia mística como un camino diferente que les permitiera un acercamiento y unión con Dios. Dicho camino y entendimiento de la realidad no ha sido ajeno a discusiones y controversias con los lamas (líderes religiosos, juristas). Estas discusiones se podrían entender como cuestiones entre la razón y la revelación.

1.2 El sentido de los actos funerarios

En el islam, los actos funerarios tienen un profundo significado religioso y espiritual, ya que estos rituales, más allá de rendir tributo a la persona fallecida, cumplen con las enseñanzas islámicas sobre el cuidado de los muertos debido a lo que su condición supone en términos de fe. Es de resaltar que las descripciones de los ritos funerarios en el Corán son escasas. Las ceremonias póstumas, conocidas como janazah, están diseñadas para mostrar respeto y dignidad hacia el difunto, dado que es un deber religioso tratar el cuerpo con decoro, independientemente del estatus social o económico de aquel que fallece. Entre tanto, la ritualización del acontecimiento mortuario “evoca de forma conmovedora la muerte como única seguridad que nos queda finalmente a los seres humanos” (De Kesel, 2005, p. 33).

Uno de los momentos más significativos en el acto funerario consiste en la preparación del cuerpo del difunto, porque antes del entierro, el cadáver se lava y se envuelve en un sudario blanco, a través de un ritual conocido como ghusl y kafan. Esta acción simboliza la purificación del alma y el regreso del individuo a su Dios, quien se pregunta ante los cuerpos yertos de sus creaturas: “¿Acaso creían que los creé sin ningún sentido?, ¿Creían que no iban a comparecer ante Mí?” (Corán 23, 115). Una vez más se tiene en cuenta que la materialidad biológica del ser humano funge como vehículo de su ser, en itinerario existencial durante el cual se prepara para el encuentro con Alá, su Autor supremo. Por ello, durante el sepelio, la comunidad creyente realiza una oración especial, conocida como Salat-

ul-Janazah, en la que los musulmanes piden perdón y compasión para el difunto. Esta oración constituye también una expresión de solidaridad y apoyo hacia la familia del difunto, al tiempo que reconoce el hecho de que “solo desesperan de la misericordia de Alá los extraviados” (Corán 15, 56).

En cuanto a las diferentes tradiciones en torno al entierro, dentro de los musulmanes se destaca que debe ser enterrado en posición hacia la Ciudad sagrada, la Meca, y se entierra de costado derecho. Este entierro debe ser acompañado con la lectura del Corán, la realización de una oración fúnebre obligatoria para los creyentes que están alrededor, el uso de una mortaja blanca para el difunto, puesto que no se utiliza un ataúd, y la necesidad de enterrarlo sobre la tierra. Además, se señala que se debe enterrar al fallecido lo más pronto posible, preferiblemente dentro de las 24 horas siguientes al deceso. El énfasis en el entierro rápido permite entrever la creencia en la transitoriedad de la vida terrenal y la necesidad de prepararse para la futura. En ese sentido, los actos funerarios sirven como un recordatorio constante de la fragilidad de la vida y la inevitabilidad de la muerte, lo cual fomenta la reflexión sobre la propia mortalidad y la importancia de vivir de acuerdo con los principios de la fe, porque:

Quienes prefieran los placeres transitorios de la vida mundanal sepan que Alá se los concederá a quién Él quiera, pero los destinará al infierno, donde regresarán humillados y condenados por haberse olvidado de obrar para la otra vida. Mientras que a quienes anhelan la vida del más allá, sean creyentes y se esfuercen por alcanzarla, se les retribuirá por su esfuerzo (Corán 17, 18-19).

1.3 La situación después de la muerte

¿Qué sucede después de la muerte en el islam? Una primera reflexión es la idea de que existe algo, una sustancia que trasciende de este plano terrenal, en este caso se trata de el naps o el alma. En dicho contexto es significativo señalar que, si bien existe un alma (naps) y un espíritu (rúaj), se subraya que el espíritu se trata de una fuerza vital que permanece en el cuerpo, pero que se desvanece en el momento de la muerte, mientras que el alma se entiende como un elemento diferente al cuerpo y, por lo tanto, le permite trascender (Osegueda, 2020). Esta alma será tomada por Azrael, conocido como el ángel de la muerte. En el Corán se destaca que: “Él [Alá] rey supremo sobre toda su creación, envía

ángeles registradores que velan por vosotros. Cuando la muerte llega a alguno de vosotros, nuestros ángeles toman su alma, sin descuidar nunca este deber” (Corán 6:61).

Ahora bien, ¿hacia dónde se dirige dicha alma después de la muerte? Dentro de esta cuestión se recalca la figura de barzaj. El barzaj se entiende como un estado o espacio intermedio en el que el alma permanece, de una manera prolongada, a la espera del juicio final. Se trata de un lugar de espera en que llegan las almas de todos los muertos tanto buenos como malos. Luego de ese estado de espera, el alma podrá ir al infierno o al cielo. Respecto al infierno, en el Corán es descrito como un lugar de sufrimiento, en donde existe una bebida de pus de sangre, esta bebida se relaciona con la descomposición. El infierno es un lugar donde, de una u otra manera, será atormentada el alma. Por otro lado, el cielo se relaciona con un lugar en donde el alma goza de un descanso luego de un camino de rectitud durante la vida en esta tierra (Osegueda, *et al.*, 2020).

En este sentido, se cree en la vida después de la muerte. Dicha vida comienza con la resurrección del individuo por medio de su alma. Después de ese momento, todas estas almas serán confrontadas por sus acciones realizadas en el plano terrenal, esto es, en el denominado como el Día del Juicio Final. En dicho día, el historial de las acciones realizadas en el plano terrenal será presentadas ante Alá y será Él quien sopesará dichas acciones, acorde a su justicia y misericordia, y perdonará los pecados y multiplicará las buenas acciones. Por lo tanto, en un artículo de *Why islam* (2007), se señala que: “el creer en la vida después de la muerte es parte fundamental de las enseñanzas de los Profetas y es una condición esencial de ser musulmán” (p.1).

La vida después de la muerte es presentada como una recompensa para aquellos cuyas acciones fueron rectas y justas. Se considera así que esta vida después de la muerte es el único lugar en el que realmente habrá justicia, en donde los virtuosos serán recompensados y los malvados serán castigados. De esta manera, se resalta que: “para el día de la Resurrección dispondremos balanzas que den el peso justo y nadie será tratado injustamente en nada. Aunque se trate de algo del peso de un grano de mostaza, lo tendremos en cuenta. ¡Bastamos Nosotros para ajustar cuentas! (Corán 21:47). En tal sentido, se insta en la necesidad de creer en la justicia de Alá pues él la establecerá entre todas sus creaturas y de la cual, nadie podrá escapar.

Así mismo, el Corán presenta todo un relato vivido de lo que sucede acto seguido de la muerte. Se señala así que para una persona cuyos pasos han sido rectos, la muerte será un momento pacífico. Se resalta que cuando el creyente está a punto de morir y, por tanto, de entrar al más allá, ángeles, con rostros radiantes, descenderán del cielo. Estos ángeles traen consigo un sudario y el perfume del paraíso. En ese momento, el Ángel de la Muerte, se acerca sentándose a la cabeza de la persona diciéndole: “Oh alma pura, sal al perdón y la complacencia de Alá” (Why islam, 2015, párr.8). En consecuencia, con facilidad el alma abandona al cuerpo y fluirá, los ángeles la tomarán, la envolverán en el sudario y la perfumarán. Por otro lado, para aquellos que llevaron una vida alejados de las enseñanzas del Corán, se describe como una experiencia difícil cuya alma es extraída con dureza y se señala que “para ellos no se abrirán las puertas del cielo, ni entrarán en el Paraíso hasta que el camello pase por el ojo de la aguja” (Corán 7:40).

2. El budismo y el significado de la muerte

2.1 La muerte en las enseñanzas budistas

Para iniciar, es necesario destacar que la muerte en el budismo no coincide con la muerte biológica o clínica, es decir; el momento en que se dejan de percibir los signos vitales de una persona. Tal como lo señala Guerra (2014), “la muerte es un proceso en el que los elementos externos e internos que condicionan la conciencia al devenir en el ciclo del *samsara*, se van disolviendo por etapas” (p.28). En este sentido, la muerte se concibe como un ciclo de enseñanzas en relación con el bardo (concepto que se profundizará más adelante). Por lo tanto, la experiencia de la muerte es un proceso de gran importancia para todo aquel que practique el budismo en tanto se cree que, si en el momento de la muerte la persona reconoce el carácter ilusorio de la mente, es posible alcanzar un estado virtuoso de la misma logrando así la budeidad (estado máximo de virtud en el budismo) y la liberación del *samsara* (ciclo de consecutivos renacimientos).

Un elemento central en el budismo es el de la mente. En esta entidad se plasman las diferentes ideas y enseñanzas. La cual tiene el potencial para renacer de manera infinita puesto que el individuo solo logrará detener el ciclo de reencarnaciones si alcanza la iluminación. Así, esta máxima solo es posible por medio de una disciplina interior guiada por una moral recta. Por lo tanto, se concibe como una situación en el que cesa toda

preocupación, el dolor, las dificultades y en últimas, todo tipo de sufrimiento. Lo cual se conecta con un primer elemento de la muerte en el budismo, que es el renacimiento que se dista de lo que hoy se entiende por reencarnación. En dicho entendimiento, Buda plantea que todo lo que vive se encuentra inserto en un ciclo de muertes y renacimientos denominado *Samsara* en donde las energías y sus contenidos se transforman y cambian, sumándose así en nuevas estructuras o seres. Tal como lo plantea Arruda (2023): “en este ciclo, el renacimiento descrito por el budismo es una herencia transmisible de agregados impermanentes generados por los individuos, y no de sus identidades, que no son permanentes y desaparecen con la muerte” (p.53).

Por consiguiente, la vida es un momento en donde se presentan diversos padecimientos y sufrimientos al cual pertenece la muerte misma. Es decir; la muerte no aparece aquí como el fin de la vida, por el contrario; pertenece a la vida en sí. La finalidad en el budismo no se alcanza con la muerte, sino con la iluminación y de esta manera, lograr dar fin a un ciclo indefinido de muerte y renacimientos. El budismo ha plasmado sus diferentes enseñanzas en un compendio denominado canon. Si bien existen diferentes corrientes budistas, y, por lo tanto, este canon presenta algunas variaciones de acuerdo con cada corriente, existen elementos transversales a las diferentes corrientes.

Una de las principales enseñanzas de Buda, se trata de que no hay nada eterno e inmutable. En consecuencia, no existe nada como un yo, un alma, un cielo, un infierno. Sin embargo, se asegura que el estado mental del individuo entendido como un agregado energético no puede destruirse en el momento de la muerte; se transforma en otro tipo de energía, la cual, será agregada en otra vida, a través del renacimiento (Arruda, 2023). A partir de esta enseñanza surge el interrogante de si el Buda habló de la eternidad de la vida a partir de las infinitas vidas sucesivas. A esta pregunta, autores como Arruda (2023), responden que no, puesto que el Buda, al referirse a la eternidad de la vida, no habla de personas; se refiere más bien a procesos energéticos. Por consiguiente, el entendimiento de varias vidas no se relaciona con la identidad de algún individuo en particular. Este se conecta más con el proceso de unión de sus energías.

Así pues, durante el proceso de la muerte, las energías se transforman para nacer de nuevo. En este entendimiento, la identidad del individuo no sobrevive a la muerte de su cuerpo. Es decir; el sujeto, inevitablemente, desaparece con el cuerpo. Después de la muerte, el agregado impermanente de la mente, sus energías se unirán a seres más o menos

evolucionados dependiendo la manera en que haya llevado su vida. Es decir; para el siguiente renacimiento, la mente puede renacer en niveles más altos o bajos de energía, uniéndose con seres que se encuentren en estos niveles. Consecuentemente, la muerte es presentada como una oportunidad única para liberarse del sufrimiento y un requisito fundamental para lograr la iluminación si se dieron las condiciones previas como la educación y el aprendizaje preliminar.

Por consiguiente, el ciclo del *Samsara* se representa por medio de una rueda, simbolizando así un ciclo continuo de nacimiento, muerte y renacimiento. Este ciclo se encuentra impulsado por el Karma, entendido en su esencia, como la ley de causa y efecto, que plantea responsabilidades a los individuos como consecuencia de sus acciones. Según las enseñanzas budistas, la muerte se puede dar por tres razones diferentes:

Porque el plazo de la persistencia de los cinco agregados ha finalizado (karma neutral), porque el karma ha llegado a un punto de agotamiento en el que se extingue, cuando se agota la capacidad de producir karma y por una acumulación de karma destructivo que exige la misma muerte (Rympoche, 1998, p.52).

2.2 El sentido de los actos funerarios

En *El libro tibetano de los muertos* (Padmasambhava, 2009), se registra un complejo ritual de recitación que se desarrolla en el reino de Ladak; el cual se encuentra ubicado entre la frontera de Pakistán con India. Allí, se pueden distinguir tres fases; la separación, la transición y la incorporación. Estos tres momentos, dentro del ritual, constituyen el umbral de un estado a otro y, por lo tanto, la figura del lama (líder espiritual) ocupa un lugar de gran importancia en tanto tiene el conocimiento y el poder de guiar la conciencia del fallecido en el más allá.

En un primer momento, un grupo de mujeres ofrece alimentos en memoria del difunto. Lo anterior se realiza, de acuerdo con indicaciones escritas en el *bardo thodol*; allí se sugiere realizar abundantes ofrendas a las Tres joyas del budismo: Buda Shakyamuni (el Buda histórico), sus enseñanzas (el Dharma) y su comunidad (la Shanga). Se aclara además que, si la familia del fallecido no contara con la posibilidad de realizar dichas ofrendas, es posible utilizar soportes visuales para poder realizarlas por medio del pensamiento. Estos soportes visuales pueden ser elementos tales como: imágenes u objetos rituales que permitan

idear el proceso de imaginación. Dentro de esta ofrenda se encuentran elementos como alimentos, flores, incienso, imágenes, entre otros.

Posteriormente, los familiares del difunto aguardan la llegada del lama. El será el encargado de desarrollar los ritos funerarios. Esta ceremonia comprende leer los textos sagrados y realizar ofrecimientos que permitan guiar al difunto durante 49 días. El mencionado periodo corresponde a los días en que se cree que la mente del difunto tarda de pasar de un bardo al otro. Para iniciar las lecturas correspondientes, se debe cerrar las puertas y ventanas para que esta entidad no se pueda distraer ni deambule en aquellos lugares en los que su cuerpo solía estar. En este proceso, el lama es acompañado de su alumno; un niño que, desde temprana edad, ha estado en contacto con la realidad de la muerte, sus consecuencias e implicaciones (Guerra, 2014).

El texto que debe leer el lama inicia instando a que este verifique que la persona ha comenzado a presentar una sucesión de síntomas relacionados con la muerte. Las señales o síntomas se encuentran en el libro *La autoliberación por las señales* (Namkhai, 2006). En ese compilado, se detallan señales externas, internas y secretas, las cuales indican la proximidad de la persona con la muerte. Se destaca así, que la complejidad de estos tres grupos de señales hace necesario la presencia de una persona con una instrucción alta que permita reconocerlas de manera adecuada. En el presente caso, esta persona es el lama, quien acompañara y se encargara de realizar todo el proceso funerario.

Una vez que estas señales se han cumplido en el difunto, el lama cubre el rostro del fallecido con una tela de color blanco cuidando de no tocarlo para no interferir en su proceso de muerte. Previo a eso, el difunto ha sido puesto de costado derecho pues esta es una postura iconográfica budista con la que se representa al Buda en el acto del tránsito. En estos momentos, se sugiere a los familiares y acompañantes evitar manifestaciones exageradas de dolor pues el difunto podría estar atravesando alguno de los bardos, en el que él cree que todavía se encuentra en el ámbito de los vivos y no se ha dado cuenta de su muerte. Así mismo, se considera que el difunto es capaz de escuchar a los vivos, pero no los vivos a él, por eso, las expresiones de dolor de los vivos podrían generarle angustia. Por lo tanto, los textos que se leen en ese momento están destinados a tranquilizar al difunto que le permita reconocer la realidad ilusoria y logre su liberación.

Acto seguido, después de verificar que la conciencia del difunto ha abandonado su cuerpo, este se dispone en una figura embrional la cual simboliza un nuevo nacimiento. Para hacer esto, el lama rompe la columna vertebral del difunto, así como las articulaciones de brazos y piernas que permitan la postura deseada, además, se le ata con una cuerda y se le cubre con una tela fina para llevarlo a una procesión denominada *entierro celestial* hasta el lugar donde será abandonado para que pueda servir de comida a animales carroñeros como una manera de ofrenda. Para ello, es desatado por una persona, que no debe confundirse con un sepulturero, puesto que no existe una sepultura. Adicionalmente, si la familia del difunto puede costearlo, otros lamas cantarán día y noche para que él pueda alcanzar la iluminación.

2.3 Entre la muerte y el renacimiento

De acuerdo con el budismo tibetano, existe un estado intermedio entre la muerte y el renacimiento denominado bardo. En esta etapa, se encuentran cuatro diferentes tipos de bardos que pueden entenderse como que pasa después de la muerte. De esta manera, el primer bardo denominado Chikkai Bardo, se entiende como un estado doloroso de la muerte describiendo así el proceso de la muerte caracterizado por un alto sufrimiento en el que todo lo que se consideraba propiedad del individuo se desintegra, es decir, todo aquello que constituía el *yo*. En la presente etapa, los elementos que componen al individuo se disuelven junto con las funciones vitales. Después de este desvanecimiento permanece la respiración interna como una esencia vital que proviene del padre y de la madre, al cesar esta respiración se disuelve el pensamiento (León, 2007). Además, los bodhisattvas (individuos concentrados completamente en lograr su iluminación) leen algunos textos al individuo que está próximo a morir. En este bardo, el individuo caminará y reconocerá la Clara Luz Primordial y si esta no aparece, se presentará la Clara Luz Secundaria.

Por consiguiente, de ser posible el reconocimiento de la Clara Luz Primordial se dará lugar a un segundo bardo denominado Chonyid Bardo, en el que es posible encontrar las propias proyecciones de la mente humana. Este bardo es descrito por Rympoche (1998) como: “la dimensión de la verdad vacía e incondicionada, en la que jamás han entrado el engaño, la ignorancia ni ninguna clase de concepto” (p.29). En dicha etapa, se trascienden todas las limitaciones proyectadas y se extingue el deseo. Luego, la naturaleza propia de la mente aparece en forma de luz, colores y sonidos dando lugar a un resplandor interno de luz y energía y que sucede en el Bardo Dharmata.

Este tercer bardo es un estado de placer y esplendor absoluto en el que es posible riqueza plena más allá de las limitaciones propias de la división espacio y tiempo. Después del mencionado bardo, siguen siete días en donde esta conciencia experimentara las apariciones de las deidades apacibles que se representan por medio de los cuatro elementos; elementos que según la medicina antigua formaban el cuerpo. Por medio de cada una de estas visitas, será posible alcanzar la realización. Si dicha realización no sucede, se dará paso a una serie de eventos complejos que duran siete días. De no superar las diferentes pruebas que permitan obtener la realización, es la mente misma quien ha decidido seguir en el ciclo de renacimiento, vida y muerte. Un último bardo es el *Sidpa Bardo*, que es la etapa de devenir y se caracteriza por el renacimiento, es decir; en este bardo se manifiesta el fracaso de la iluminación.

3. Diálogo interreligioso entre el cristianismo, el islam y el budismo a partir del sentido de la muerte

3.1 Convergencias y divergencias entre las tradiciones religiosas sobre la muerte

Un primer elemento es la importancia que le dan a la muerte como parte fundamental de la vida misma. Se plantea una reflexión en el que vivir, de una u otra manera, es prepararse para morir y sobre todo para lo que le espera al alma o a la mente después de la muerte. Por ejemplo, tal como lo señala Velasco (2023), “los budistas consideran que cultivar la aceptación de la muerte es una puerta a la sabiduría y el *despertar*, y es algo que se debe practicar con frecuencia” (párr. 4). Además, se resalta así, que la vida no termina con la muerte biológica pues existe un estado más allá. De esta manera, dada la inevitabilidad de la muerte, al menos la biológica, es necesario estar preparado para el momento en que llegue.

Así mismo, en estas tres tradiciones se propone la existencia de una *realidad* o vida más allá de la muerte y que, en definitiva, será el reflejo de las acciones y comprensiones que tenga el individuo en su vida planteando así diversos caminos. En el caso del budismo, se esboza la posibilidad de que la mente transite hacia un nuevo renacimiento o que alcance la iluminación (máxima meta en esta doctrina), no sin antes pasar por distintas etapas denominados bardos, como un estado intermedio. Respecto al islam y el cristianismo, al alma del individuo le espera el cielo o el infierno, con ciertos contrastes en estas religiones,

pero que coinciden en que el cielo es un lugar de paz y tranquilidad, mientras que el infierno es un lugar de tormento y sufrimiento constante por toda la eternidad.

Una convergencia relevante es aquello que transita hacia este lugar más allá. En el caso del budismo, se trata de la mente, esta entendida como una conciencia muy sutil que no tiene ni principio ni fin. Así, la mente es superior a la materialidad, es la mente quien es capaz de crear mundos y cuerpos (Obregón, 2016). Por otra parte, el alma es entendida como una esencia espiritual y eterna. Se considera que el individuo tiene espíritu (al-ruh) y el alma (al-nafs), la mente (al-qil) y el cuerpo (Alshboul, 2012). Por su parte, el cristianismo comparte con el islam la presencia de estas tres dimensiones del ser humano: el área física-corporal, el área afectiva o el alma y el área espiritual que es la conciencia (Osegueda, 2020).

Finalmente, es de resaltar la manera en que, en estas doctrinas, la muerte aparece como el resultado de un designio divino, aquello que ya estaba planeado por Dios o no. En el caso del budismo, es un producto más del *karma* acumulado, el *karma* entendido como una energía de causa y efecto. Por lo tanto, nada ocurre por casualidad o azar. Así la muerte aparece como el resultado de múltiples acciones previas (Guerra, 2014). Por otra parte, en el islam y el cristianismo, es posible evidenciar cómo la muerte aparece a manera de un designio divino. Es Dios quien da la vida y es Él quien decide en qué momento quitarla. Así mismo, solo es Dios quien conoce el momento de la muerte. Además, en el Corán se resalta que “Ciertamente a Alá pertenecemos y ciertamente a Él regresaremos” (p.255).

3.2 La reflexión sobre la muerte como punto de encuentro

Es justamente este carácter universal que posee la muerte, el que posibilita que pueda ser el punto de encuentro para dar paso a diálogos más abiertos entre diferentes tradiciones religiosas. Esta convergencia se conecta directamente con una tendencia entre muchas personas de querer ignorar la muerte y la idea de que esta suceda pronto, tanto así mismo, como a las personas cercanas. Al respecto, Rympochee (1992) señala que:

La muerte es, en efecto, un enorme misterio, pero de ella se pueden decir dos cosas: es absolutamente cierto que moriremos, y es incierto cuándo y cómo moriremos. La única certeza que tenemos, pues, es esta incertidumbre sobre la hora, la cual nos sirve de excusa para postergar el afrontar la muerte directamente. Somos como niños que se tapan los ojos jugando al escondite y se figuran que nadie puede verlos (p.36).

Así, la muerte puede interpretarse desde diversas perspectivas, y en este caso, a través del budismo y el islam. A pesar de las diferencias entre estas doctrinas, es posible establecer una base común donde el fin de la existencia material y la esperanza de una realidad o estado superior después de la muerte, fomenten un diálogo basado en el respeto y la comprensión mutua. Esto permitiría reducir distancias y propiciar un aprendizaje recíproco dentro de un marco espiritual más amplio. Este contexto permitiría, en última instancia, alejarse de visiones atemorizantes o invisibilizantes de la muerte permitiendo así resignificar esta vida presente por medio de un acercamiento a enseñanzas y discursos provenientes de otras tradiciones.

Adicionalmente, el acercamiento a otras tradiciones por medio de la reflexión en torno a la muerte permitiría la integración de valores compartidos. En este sentido, al entender que, si bien se tratan de tradiciones con elementos diferenciados e incluso, en ocasiones, contradictorios, se puede reflexionar que estas enseñanzas apelan a valores claves sobre los cuales vale la pena reflexionar e incluso, integrar a la propia tradición. En el caso del budismo, la reflexión sobre la aceptación del cambio, y respecto al islam, la responsabilidad moral, representa valores que pueden inspirar un enfoque cristiano renovado hacia la muerte. Como consecuencia de dicha integración de valores, es posible fomentar una espiritualidad más consciente, en la que este suceso no esté ligado al dolor, sino que permita profundizar la fe y sobre todo el significado de la vida.

De manera que se plantean dos elementos claves: la impermanencia y el desapego. Estos dos conceptos son esenciales en la doctrina budista si se desea alcanzar la budeidad o iluminación. Por un lado, respecto a la impermanencia, se dice, que el Buda histórico, antes de morir, indaga a sus discípulos si tenían alguna pregunta, estos permanecieron en silencio. Entonces Buda dijo: “Todas las cosas condicionadas son impermanentes. Busquen su salvación diligentemente” (budismo libre, 2018, p.3). De esta manera, la impermanencia se constituye como el centro de las enseñanzas budistas, todo lo que se presenta como existente no es eterno ni continuo. No se trata de pensar que el mundo es una ilusión óptica o que no existe fuera de la mente, más bien es entender que todo está en un constante cambio, aunque este no sea perceptible en algunas ocasiones. En consecuencia, con relación a la impermanencia y a la muerte, Rympochee (1992) señala que:

Una de las principales razones por las que tanto nos cuesta y tanta angustia nos produce afrontar la muerte es que ignoramos la verdad de la impermanencia. Tan

desesperadamente deseamos que todo siga como está que hemos de creer que las cosas siempre continuarán igual. Pero eso sólo es una ficción. Como tan a menudo comprobamos, las creencias tienen poco o nada que ver con la realidad. Esta ficción, con sus ideas, suposiciones y falsa información, es el endeble cimiento (p.46).

Es en este punto donde la impermanencia se puede conectar con el desapego. El apego, de acuerdo con las enseñanzas budistas es una fuente de sufrimiento. En la segunda noble verdad, se plantea que una de las raíces del sufrimiento es el apego, en sus diferentes formas y manifestaciones. Por tal razón, con la eliminación de la fuente del apego se produce la cesación del sufrimiento (Minguez, 2016).

En este contexto, se propone que los conceptos de impermanencia y desapego, anteriormente expuestos, pueden nutrir y permitir un diálogo interreligioso con el cristianismo. Estas nociones permitirían un entendimiento más profundo de la realidad al igual que la de la existencia del sufrimiento y de prácticas como la impermanencia y el desapego que pueden enriquecer la espiritualidad cristiana. Así mismo, se desea plantear como el entendimiento profundo de estos dos conceptos y, por consiguiente, su práctica puede brindar una perceptiva transformadora en relación con la muerte que permita promover una vida que acepta el presente como inminentemente cambiante conectado con el ciclo de la muerte. De esta forma, la muerte es vista de una manera más compasiva y menos temerosa.

Ahora bien, respecto a los elementos específicos dentro del islam que permitirían un diálogo interreligioso con el cristianismo, se quisiera plantear dos: la aceptación de la voluntad divina y la importancia de la preparación para la muerte. Por un lado, existe dentro del islam, la figura de los sufíes, considerados sabios místicos, plantean una tristeza hacia un nuevo nacimiento y, por el contrario, una alegría hacia la muerte en tanto se considera que con ella se estará más cerca de Dios. Esta figura, se conecta con una confianza completa y absoluta en Alá que se representa por medio del concepto de *Tawakkul* Allah que podría traducirse como la confianza total en Alá. De esta manera, no solo se trata de no tener miedo a la muerte, sino a una confianza completa de que es Alá quien decide sobre ella y, por tanto, existe una aceptación completa hacia esta, como un deseo de una integración completa con Dios. Respecto a esta integración, Rumi, famoso místico del islam, escribió:

Una vez más moriré como hombre para remontarme a la bienaventuranza angélica; pero también trascenderé al ángel y seguiré mi sendero: todo, excepto Dios, perece. Cuando ya haya sacrificado mi alma angélica me convertiré en lo que el pensamiento no puede concebir. Ojalá deje de existir, porque la inexistencia proclama con melodías de órgano: nosotros volveremos a Dios (Nicholson, 1975, p.146).

En consecuencia, como es Alá, el único quien decide sobre la muerte, es decir, ella como plan divino, debe existir una preparación constante hacia la misma. De esta forma, se retoma la figura del sufi: una persona que desea que llegue su muerte, pues de esta manera se dará fin a los dolores y angustias propios de esta vida dando paso a los deleites y la recompensa en la vida eterna. Como parte de este deseo de morir, los sufíes dedican toda su existencia a meditar, en pensar y alabar a Alá y en rezar constantemente. Además, de ello, se contempla una vida en rectitud que permita una vida en la eternidad con Dios. De nuevo, aquí también es posible como se busca alejar el temor a la muerte y verla con ojos alegres y esperanzadores con el encuentro con Dios.

Una salvedad importante es que no se quiere insinuar que estos dos conceptos y sobre todo el entendimiento que se da de ellos, no se encuentren presentes en el cristianismo mismo. Quizás se encuentren puntos de conexión en estas ideas, pero en los creyentes existe aún un gran tabú hacia la muerte, un evento en el que se prefiere no pensar. En la doctrina cristiana, por lo menos en los grupos de laicos, la muerte se ve como algo indeseable, doloroso, un evento que implica un gran sufrimiento por parte de familiares y amigos de quien fallece. Por tanto, esta idea de alegrarse ante la muerte, desde una visión cristiana, pareciese algo inconcebible e incluso insensible. Por consiguiente, lo que se plantea aquí, es que entender estas dos ideas: la aceptación de la voluntad divina y la preparación para la muerte, pueden nutrir el entendimiento de este acontecimiento en el cristianismo, no porque esta idea no se encuentre de una u otra manera presente en el cristianismo, sino porque en el islam se muestran de una manera clara y constituyen un elemento central en dicha doctrina.

Conclusiones

La presente investigación ha buscado demostrar que es viable establecer un diálogo interreligioso entre el islam, el budismo y el cristianismo. Por un lado, se ha señalado que existen diferentes elementos en común que posibilitan un diálogo interreligioso. En el

mundo actual en donde, cada vez más se dan procesos de separación a través de ideas y posturas extremas que se postulan como contrarias, se hace necesario fomentar la creación de vínculos y espacios de diálogo entre diferentes religiones. Con una tradición que se ha consolidado como contraria y, por tanto, distante a las otras tantas religiones que existen en la actualidad, es un gran avance pensar en un mundo en el que no exista enfrentamientos y más aún, guerras o conflictos, en nombre de la religión. Por lo tanto, es importante establecer conexiones y favorecer el diálogo entre las distintas religiones, reconociendo que pueden tener aspectos en común. Lo anterior se plantea como un acto de gran relevancia en el contexto actual.

Por otra parte, plantear elementos que permiten dicho diálogo interreligioso a través de la comprensión de la muerte por medio de componentes tomados de otras religiones, en este caso el budismo y el islam, puede permitir una comprensión más integral y menos temerosa o evitativa hacia la muerte. Para el caso del budismo, se eligieron los preceptos de la impermanencia y el desapego. Estos son principios claves para la liberación del sufrimiento y que, por tanto, pueden brindar una perceptiva transformadora con relación a la muerte, que posibilite promover una vida que acepta el presente como inminentemente cambiante conectado con el ciclo de la muerte. Respecto al islam, los preceptos elegidos fueron la aceptación de la voluntad divina y la importancia de la preparación para la muerte. Los cuales se presentan de una manera clara y constituyen un aspecto central en dicha doctrina, en consecuencia, pueden servir para repensar la manera que desde el cristianismo se está entendiendo este acontecimiento, sobre todo desde los laicos.

Por último, se aspira a que estas reflexiones, junto con la construcción de conexiones interreligiosas y la incorporación de elementos de otras tradiciones, faciliten una nueva interpretación de la muerte en el cristianismo. Se espera que sea posible abordar este fenómeno desde una perspectiva distinta, con menos temor y mayor compasión. Como se ha demostrado, en estas tres doctrinas, la muerte es el paso a una realidad que existe más allá, por tal motivo, no debería encontrarse temor sobre un momento inevitable. No existe manera de no morir, por lo menos, desde un punto biológico, y, por ende, la vida misma debe ser un recordatorio de que existe la muerte y que, a partir de una visión religiosa y de la creencia de la existencia del más allá, es necesario una preparación continua para cuando llegue el momento.

Referencias

- Alshboul, A. (2012). *La cultura del cuerpo en el islam (Nacimiento y muerte del cuerpo y la circuncisión)*. *Nomads. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 34(2).
- Álvarez Pereira, M. (2022). *Una mirada psicológica y antropológica a la muerte ya los procesos del morir en Budismo Tibetano*. Universidad Pontificia Comillas.
- Arruda, R. (2023). *Conceptos budistas fundamentales-En el lenguaje actual*. Terra à Vista.
- De Kesel, M. (2005). *El uso apropiado de la muerte: la lógica fundamentalista de Mohammed Bouyeri en su carta abierta dirigida a Hirsi Ali*. *Concilium: Revista internacional de teología*, (313), 33-41.
- El Corán. (1980). *El Corán*. Casa editorial Viuda de Luis Tasso.
- Gómez Farías, A. (2023). *Una aproximación al budismo en China*. Universidad Nacional de la Matanza.
- Gómez, C (2018). *El desafío de la verdad al diálogo interreligioso*. *Theologica Xaveriana*, 68 (185).
- Guerra, Y (2014). *La muerte y el proceso de morir en el budismo*. Universidad Complutense de Madrid.
- Hernández-Sampieri, R., y Mendoza, C. (2020). *Metodología de la investigación: las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*.
- León Azcarate, J. (2007). *La muerte y su imaginario en la historia de las religiones*. Universidad de Deusto.
- Marín, R. (2016). *El estudio de la muerte en el islam: Una filosofía de la vida*. *Revista humanidades*, 6(1), 455-502.
- Martínez, M. (2015). *Hermenéutica y análisis del discurso como método de investigación social*. *Paradigma*, 23(1), 9-30.
- Massignon, L. (2007). *La Guerra Santa Suprema del Islam Árabe*. Palma de Mallorca: Padma.

- Minguez, A. (2016). *Una aproximación al budismo. Encuentros multidisciplinares*, 18(52), 1.
- Neumaier, F. (Productor), & Burkett, B. (Director). (1994). *El libro tibetano de los muertos: Un modo de vida [Documental]*. National Film Board of Canada. <https://www.youtube.com/watch?v=hMYEYbe5tu>
- Nicholson, R. (1975). *Los Místicos del Islam*. México: Diana
- Obregón, D. (2021). *La muerte en la filosofía budista. Revista La Cicuta: Antología de textos y artículos* (20132019), 97.
- Osegueda, C., Barquero, D., Rivera, N., y Urbina, K. (2020). *Religión y muerte: La visión de la muerte en el cristianismo y el islamismo desde una perspectiva etnológica en El Salvador. Entorno*, (70), 121–129.
- Rympochee, S. (2022). *El Libro Tibetano de los Muertos: Bardo Thodol*. Nirvana Libros, S.A. de C.V.
- Somavilla, E. (2023). *Protocolo, ceremonial e historia del budismo. Revista Estudios Institucionales: Revista Internacional de Investigación en Instituciones, Ceremonial y Protocolo*, 10(19), 87-113.
- Velasco, A. (2023). *Reflexiones sobre la muerte en el budismo*. Revista de la Universidad de México.
- Why islam. (2007). *La vida después de la muerte*. Iena.